



ALISSA BRONTË

AMOR EN CUARENTENA



3

Copyright

EDICIONES KIWI, 2020
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, abril 2020

© 2020 Alissa Brontë
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Amor en cuarentena](#)

Amor en cuarentena

España, 2060

—¡Abuela, abuela! —Escucho unos gritos que me encantan llenar el vacío jardín de la casa.

—Hola, mi pequeña gatita, ¡te echaba de menos!

Miro a mi nieta y no puedo evitar que una gran sonrisa se dibuje en mi viejo rostro. Puedo sentir cómo las arrugas se pronuncian y tiran de la piel de las mejillas; estoy vieja, lo sé. Son ya setenta años los que soportan mis huesos.

—Yo también, abuela. ¿Me has preparado mi bizcocho? —pregunta con recelo. ¡Cómo si pudiera olvidarme de algo así!

—Sí, te lo he preparado. Estaba esperando que llegaras para merendar.

—Mamá —nos interrumpe mi hija—, te la dejo un rato. Voy a aprovechar para hacer unas... *compras* —me informa, aunque sé adónde va, hace tiempo que trata de volver a quedarse en estado.

—Vale, estaremos bien, no te preocupes —afirmo con una sonrisa. Se aleja unos pasos, pero enseguida se da la vuelta y regresa para dejar un húmedo beso en mi mejilla.

—Gracias, mamá, te quiero —susurra.

—Y yo a ti, hija, y yo a ti...

—¿Y a mí nadie me quiere o qué?

La expresión de Silvia, mi nieta de ocho años, es enternecedora. ¿De verdad pasará por su mente la idea de que no la queremos?

—A ti más que a nadie —decimos al unísono su madre y yo.

—Vale, vamos, abuela. Tengo hambre.

Asiento y sonrío cuando su mano se agarra a la mía. Caminamos a mi ritmo, yo no puedo seguir el suyo y me doy cuenta de cuánto se parece a su madre. Entramos hasta la cocina y se sienta en uno de los taburetes altos de la isla. Me mira con fijeza mientras pongo la tetera a hervir.

Mi mirada se desvía en un acto reflejo hasta un retrato que conservo de nosotros, sobre la chimenea de la cocina. No puedo dejar de mirarlo cada vez que entro, somos nosotros, después de haber sobrevivido a aquella gran tormenta.

—Abuela, querías mucho al abuelo, ¿verdad? —interroga al darse cuenta de qué estoy mirando.

—Sí, lo quería hasta el infinito y más allá... —confieso.

—¿Sabes, abuela? Tengo ganas de cumplir ya trece años.

—¿Trece años? ¿Para qué? Además, te falta mucho. Solo tienes ocho.

Silvia tuerce la cabeza a un lado y su melena larga y dorada roza la encimera. Está pensativa, me pregunto lo que pasa por esa cabecita inquieta.

—Me faltan cinco todavía... —susurra—. Abuela, a los trece ya se es adolescente, ¿no?

—Sí, así es.

—Pues eso, que quiero ser ya una adolescente.

—¿Para qué? No tengas tanta prisa que antes de que te des cuenta, estarás tan arrugada como yo.

—¿Cómo una pasa? Papá dice que estás más arrugada que una pasa...

—Qué gracioso tu padre...

—Quiero ser adolescente porque tengo muchas ganas de enamorarme por primera vez y dar un beso de amor verdadero.

Casi me muero. No tengo el corazón para estos asuntos.

—¿Qué? —pregunto para asegurarme, aunque no puedo evitar sonreír ante sus ocurrencias.

—Cuéntame cómo conociste al abuelo —demanda con los ojos iluminados.

Bajo la cabeza, mi mente se ha marchado varios años atrás, a aquellos días en los que el maldito coronavirus hizo estragos, nos dejó atrapados en casa, solos, con miedo y nos robó la libertad por la que tanto habíamos luchado décadas atrás. El pitido de la tetera me arrastra al presente y la aparto del fuego.

Sirvo un trozo de bizcocho a mi nieta y le pongo un vaso de leche, para mí corto otro pedazo y pongo, en una gran taza, un buen chorro de té al que añado azúcar y leche. Me siento frente a ella que espera con la boca llena de dulce.

—Te lo he contado mil veces, gatita, debes de saberte la historia de memoria... —refunfuño, aunque la verdad es que estoy encantada con volver a contarla. Es una forma de traerlo de nuevo a la vida. De sacarlo de los recuerdos donde sigue vivo. Para mí. En mí.

—Sí, lo sé —afirma sonriendo y al hacerlo me enseña los huecos de algunos dientes y trozos de bizcocho que nadan, alegres, dentro de su boca—. Fue cuando aquel virus, ¿verdad? Cuando todo el mundo de todo el planeta tuvo que quedarse encerrado en sus casas, ¿verdad, abuela? ¿Verdad?

—Sí, así fue.

—Vamos, sigue...

—Hace muchos años, cuando era el año 2020, hubo una pandemia que afectó a todo el mundo. Una enfermedad desconocida nos atacaba y la gente se contagiaba muy deprisa.

—Sí, abuela, porque era muy contagiosa, ¿verdad? Y se infectó mucha gente, ¿verdad? —interroga sin dejar de comer.

—Sí, gatita, se infectó mucha gente, y lo peor no era eso, sino lo rápido que la enfermedad se propagaba.

—¿Qué es *popragar*, abuela?

—Propagar es... que la enfermedad corría muy deprisa por todos lados y aunque comenzó en una ciudad de la lejana China, pronto todos los países del mundo estaban enfermos.

—Por eso os encerraron en las casas, ¿verdad?

—Sí, por eso, para combatir al virus, nos pidieron que no saliéramos de casa.

—Y teníais que lavaros las manos mil veces al día, ¿verdad? Y la gente acabó con el papel del váter y hasta hicieron una canción, ¿a que sí, abuela?

Sonríó al recordar aquello, las medidas preventivas en las que se incluían lavarse las manos varias veces al día, el alcohol y la lejía para desinfectar, cómo la gente arrasó con el papel higiénico, la canción que se bailaba para paliar las largas horas confinados...

—Sí, todo eso que has dicho es verdad. Incluidas las miles de veces que nos teníamos que lavar las manos.

—Y tú te quemaste —suelta resuelta.

Eso hace que de nuevo sonría. No puedo evitarlo, ella es la prueba de que, a pesar de todo lo

malo que sucedió aquellos días, también hubo brotes de esperanza.

—Cierto. Me quemé, tenía las manos vendadas hasta los codos porque...

—Porque te tiraste los espaguetis encima.

—Sí, me tropecé con la olla con agua hirviendo de haber cocido los espaguetis y me cayó en los brazos. Así que estaba sola en mi piso, sin poder salir y sin poder hacer nada porque tenía los brazos quemados.

—Y llegó el abuelo.

—¿Quieres contarlo tú? Estoy segura de que conoces la historia mejor que yo —bromeo.

—¡No! ¡Cuéntamelo tú! Yo no estuve allí, abuela —se queja a la vez que rueda los ojos.

—Vale, vale... —acepto sin dejar de sonreír—. Bueno, pues estábamos en casa, encerrados, no podíamos salir para casi nada. Solo para hacer la compra, ir a la farmacia y poco más. Así que pensando en cómo iba a apañármelas así durante días, vi un anuncio de un chico que se ofrecía a ayudar a las personas que no podían salir.

—El abuelo.

—Sí, tu abuelo.

—Que era policía.

—Que era policía —repito.

—Y en sus ratos libres ayudaba a los que no podían salir, ¿verdad?

—Verdad, en sus ratos libres en vez de descansar, ayudaba a los que no podían valerse por sí mismos.

—Iba en bicicleta.

Río de nuevo, es pura energía.

—Iba en bicicleta. Y, como no podía salir, le escribí para que me trajera algo para comer.

—Claro porque no podías comprar ni cocinar y estabas a punto de morirte de hambre —afirma categórica—. Tampoco tenías papel higiénico porque había desaparecido.

—Sí, supongo que estaba a punto de morirme de hambre —le doy la razón sin dejar de carcajearme—, y tampoco tenía papel, aunque eso ya era un problema de por sí con las manos vendadas...

Recuerdo aquellos días con algo de aprensión, si era complicado estar en cuarentena, más lo era sin poder valirme bien por mí misma. Las noticias resuenan en mi cabeza: pandemia, curva de infección, número de fallecidos...

—Y llegó y te vio y... cuéntalo, abuela, que vas muy lenta —exige.

—Voy todo lo deprisa que puedo, Silvia. Es que ya estoy mayor.

—Es verdad, y arrugada como una pasa.

—Creo que voy a tener alguna que otra palabra con tu padre... Pues le escribí y le expliqué lo que me pasaba y que, por favor, me trajese algo de comer. Así que, al leer que no podía salir por prescripción médica, aceptó. Lo estaba esperando con nervios, tenía la despensa casi vacía, pero, además, iba a tener que pedirle otro favor.

—Pero eso no se lo había dicho para que no fuera a decir que no. ¿Verdad?

—No se lo había escrito porque no quería que me dijera que no, ya que lo que le iba a pedir era un poco comprometido. Así que esperaba que llegara y cuando el timbre sonó mi estómago dio un vuelco.

—Claro, te morías de hambre.

—Claro, me moría de hambre —afirmo—. Así que cuando estaba llegando a la puerta abrí como pude y cuando me vio...

—¡Te tiró la bolsa a la cara! —exclama sin dejar de reír a carcajada limpia.

—Me tiró la bolsa encima porque se asustó al ver a alguien abrir con las manos arriba vendadas. Y la bolsa llevaba...

—¡Huevos! Y te pusiste perdida, ¡como si fueras una tortilla humana! —Ríe de nuevo.

Yo lo hago con ella, es un momento muy feliz. Fue la primera vez que lo vi.

—Sí, la bolsa llevaba huevos y al soltarla de golpe por el susto, me dio en la cara y luego cayó al suelo. Así que terminamos llenos de huevo la puerta, el suelo y yo. Cuando se dio cuenta, se disculpó muchas veces, pero no podía acercarse mucho porque debíamos mantener la distancia de seguridad. «Lo siento, lo siento, me has asustado. Retírate que pueda echarte una mano», repetía una y otra vez. Y yo me eché hacia atrás llorando y llena de huevo.

—Llorabas porque no podías hacer nada con las manos así, ni lavarte ni nada.

—Sí, me costaba mucho trabajo hacer algo tan sencillo en aquellos días.

—Y el abuelo te dijo que no lloraras.

—Sí, el abuelo recogió todo, lo limpió y me pidió disculpas. «Lo siento mucho, de verdad, qué desastre. ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado en las manos? Por cierto, me llamo Jaime», se presentó.

—Y tú le dijiste que te llamabas Elena, porque te llamas Elena, ¿verdad, abuela?

—Verdad. Así que allí estaba, llorando alejada de él mientras limpiaba el desastre y el huevo goteando por mi pelo, mi cara, mi ropa... «Me quemé cocinando», le expliqué a tu abuelo: «No estoy acostumbrada a hacerlo, siempre como fuera de casa por el trabajo y bueno... me cayó agua hirviendo en los brazos. Así que ahora no puedo hacer nada y...».

—Y volviste a llorar —me interrumpe de nuevo.

—Sí, lo hice porque aquellos días estaba muy sensible, como muchas de las personas que pasábamos por unos momentos tan difíciles. Así que tu abuelo se compadeció de mí: «Voy a entrar, aunque está prohibido, pero no puedo dejarte de esta forma. Así que aléjate un poco, tienes guantes, mascarillas... ¡Qué tontería! ¿Cómo vas a tener si apenas nos llega para nosotros...?», repetía en voz baja. Y, entonces, sucedió. Sin tener que pedirle yo el favor de que cocinara algo para mí, tu abuelo entró en mi casa, se quitó la chaqueta y los zapatos que dejó fuera porque, si no, podría infectar con el virus la vivienda y me ayudó. Colocó la compra, cocinó para mí y me ayudó a lavarme el pelo. No debería haberlo hecho, pero lo hizo. Eran momentos complicados para todos, sobre todo para los que se veían obligados a seguir ahí, al pie del cañón.

—Y cuando se quitó la chaqueta, te enamoraste de él.

—No, pero casi. Cuando se quitó la chaqueta me pareció el hombre más guapo del mundo, pero, después, cuando lo conocí, fue cuando me enamoré más de él, porque tu abuelo era guapo a rabiar, pero lo mejor que tenía era su corazón. Era inmenso. Siempre dispuesto a ayudar.

—Y luego volvió —afirma con los ojos llenos de corazones. Con toda seguridad son los mismos ojos que se me ponen cuando hablo de él.

—Sí, ese día se quedó a cenar. Cocinó para los dos. Una hamburguesa que estaba riquísima y me contó que en los ratos que no estaba de servicio, ayudaba a los vecinos que más lo necesitaban, sobre todo a personas mayores...

—Como tú —me interrumpe de nuevo.

—Como yo, pero en aquel entonces no era mayor.

—Ni estabas arrugada como una pasa.

Cierro los ojos, mi yerno me las va a pagar...

—Era joven y muy guapa —afirmo.

—Pero no tanto como yo, porque mamá y tú decís siempre que soy la niña más guapa del mundo. —Me lo recuerda con tal seriedad que no me atrevo a rebatirle, aunque, no podría; es la verdad.

—No, no tanto como tú, pero no estaba mal. Bueno, tu abuelo ayudaba a los más mayores. Había muchos de ellos que estaban solos en sus casas sin nadie de su familia para cuidarlos, otros no podían caminar bien, o no tenían vehículos para hacer la compra o ir a la farmacia. Así que tu abuelo tenía un listado y se daba una vuelta por cada una de las casas para echarles una mano y para asegurarse de que ninguno enfermaba.

—Y siempre iba en bici.

—Sí, siempre iba en bici.

—Repartiendo amor, como Cupido.

—Algo así —sonríe de nuevo—, en aquellos días hacía falta gente como tu abuelo, y muchas personas hicieron cosas por los demás muy hermosas, aunque no los conocieran. Tu abuelo fue uno de ellos, arriesgaba su propia salud por los demás y nunca nunca, se quejó.

—Quiero que mi novio se parezca al abuelo —afirma colocando su pequeña cara entre sus manos y suspirando.

—No te deseo otra cosa, gatita, ojalá encuentres un hombre como tu abuelo.

—¿Y qué pasó después? Volvió, ¿a que sí?

—Volvio y me ayudó a cocinar. Pero esa segunda vez dejó algo más de comida porque al día siguiente no podría ayudarme, ni el día de después. Estaban demasiado ocupados tratando de controlar a las personas que no hacían caso.

—Las que se escapaban de sus casas.

Sí, las que se escapaban de sus casas sin permiso. Así que durante dos días no lo vi, pero, me envió un mensaje al móvil para preguntarme cómo estaba. Y ese fue el primero de muchos otros.

—Millones, ¿verdad?

—Millones, tienes razón. Cada mensaje que me enviaba me hacía feliz, y mi estómago se llenaba de mariposas, cada vez había más y...

—Y ya no podías comer porque estabas empachada de mariposas.

—¡Bingo! —exclamo sin dejar de reír.

Es curioso cómo, desde la distancia, se puede quitar hierro a un asunto que fue tan grave. Pero supongo que el tiempo lo cura todo, si no del todo, al menos hace que la cicatriz se convierta en parte de ti y que lo sobrellevas mejor. Así fueron aquellos días. Días de expectación, de miedo, de tristeza por todas las vidas que se perdieron... Días que nos enseñaron que cuando nos uníamos éramos más fuertes, que se podía ser feliz con muy poco, que mucho de lo que teníamos no era necesario en caso de enfermarse, que el virus nos igualaba a todos...

—Y así fue como, poco a poco, tu abuelo y yo empezamos a tener una relación. Al principio solo éramos amigos, pero, con el paso de los días, nuestros sentimientos empezaron a cambiar. Y nuestros mensajes también, aunque no podíamos tocarnos y nuestros encuentros siempre eran en la

distancia, estábamos ahí el uno para el otro.

—¡Cuéntame cuando te dio el beso!

—El beso... —repito dejándome llevar a ese momento, ese que recuerdo como si fuera ayer, como si no hubieran pasado cuarenta largos años—. Habían sido semanas muy duras, la gente no dejaba de infectarse y los hospitales estaban a rebosar. Incluso habían usado hoteles y otros recintos para poner camas para acoger a los enfermos. Llevábamos ya un mes entero encerrados en casa, y la cosa era seria. Íbamos a pasar muchas semanas más sin poder salir. La gente empezaba a desesperarse, muchos temían por sus trabajos, otros no sabían cómo iban a superar tantos días sin poder trabajar y empezaban a temer que iban a verse obligados a cerrar sus negocios. Esos días, la televisión, la prensa, las redes sociales, todo estaba lleno de noticias del coronavirus que no dejaba país sin conquistar. Era una guerra del mundo contra ese bicho que se cebaba entre los más débiles... Cada día, a las ocho de la tarde, todo el mundo salía a aplaudir a sus ventanas, a los balcones, a los patios... para dar ánimos y fuerzas a todos los que peleaban contra ese bicho.

—Tú no, abuela, no podías con las manos quemadas.

—No, hija, yo no podía aplaudir, pero silbaba —aclaro—, ese día, había recibido en casa la visita de un médico y me había quitado las vendas. La quemadura estaba lo bastante bien cómo para no llevarlas y no había infección, así que me dejó unas cremas para ponerme y me pidió que fuera usando las manos con cuidado de no hacerme más daño. Ese mismo día fue cuando sucedió. Más tarde, entrada la noche, tu abuelo llamó al timbre. No lo esperaba, fue toda una sorpresa, pero me alegraba de verlo así que le abrí con una gran sonrisa enseñándole que ya no llevaba vendas, pero su rostro estaba triste. Mucho.

—Pobre abuelo, lloraba, ¿a que sí?

—Lloraba, sí, porque había perdido a un amigo, muy querido, por el bicho.

—Y te besó.

—Lo hizo, sabía que no estaba bien, no debíamos estar cerca, «dos metros de distancia», nos aconsejaban, pero el dolor le nubló la mente unos segundos y cuando me vio se acercó a mí, puso sus manos en mi cuello y me besó...

La cara de mi nieta no tiene precio, puedo ver los corazones saltando de sus ojos y de los míos. No digo nada más, no puedo, la emoción me llena el pecho y los cansados latidos de mi corazón han cobrado fuerza. Es como si de nuevo estuviera aquí, conmigo, siento la aspereza de sus manos, su boca sobre la mía, el calor de nuestros cuerpos al estar uno junto al otro, la rabia, el miedo, el dolor y la tristeza del momento. Mis manos aún débiles posándose con cuidado sobre sus antebrazos. Noto las lágrimas de él cayendo sobre mis mejillas, su necesidad. El desconsuelo. El vacío de un hombre que lo daba todo tratando de llenar esos huecos. Recuerdo sus manos sobre mi cuerpo, la ropa desapareciendo de nuestros cuerpos como por arte de magia, los jadeos que llenaban de vida una casa rota, llena de soledad y desesperación, al igual que lo estábamos nosotros. Recuerdo aquella primera vez en la que me hizo suya y yo le dejé adueñarse de mí, por completo. De aquella vez en la que no solo entregamos nuestros cuerpos, también dimos lo poco que quedaba de nosotros... Siento un leve mareo, parpadeo y limpio mis lágrimas.

—Abuela, lo siento, no llores. No debí preguntarte por el abuelo.

—No es nada, gatita, no es nada. Solo necesito un poco de aire.

Un aire que nada me podrá devolver porque él se lo llevó consigo el día que me dejó.

Me acompaña hasta el jardín, una vez allí nos sentamos. Ella en el columpio de madera, yo en la mecedora que he usado desde siempre. Parece que me encuentro mejor. El aire es más respirable o tal vez es que la presión en mi pecho ha dejado de ser tan fuerte.

—Abuela, ¿estás bien? —interroga con la voz preocupada. La miro y me enternece ver la preocupación en su rostro. Ellas son lo único que me mantienen unida a esta vida. Ellas son lo único real que me queda de él. Lo que hicimos entre los dos, nuestro legado.

—Estoy bien, gatita, es que echo de menos al abuelo.

—Yo también —susurra seria.

Tengo que distraernos, así que me decanto por terminar el relato. Necesito ponerle fin, necesito recordarle toda la historia por si algún día se vuelve a repetir.

—Después de ese día, dejamos de ser solo amigos —continúo con la voz más serena—. Todavía tuvieron que pasar varias semanas para que, por fin, venciéramos al bicho. Las personas estaban felices porque podríamos empezar a tener una vida como la de antes..., no, no como la de antes. Después de aquello todo cambió. Las personas se volvieron más solidarias, los vecinos, de repente, tenían nombres reales y habían dejado de ser el del «segundo C» o el del «primero A», las personas que vivían solas se dieron cuenta de que no lo estaban tanto, porque había personas como tu abuelo que se preocupaban de ellas. Y así, aportando todos nuestro pequeño grano de arena, llegó el día en el que nos dijeron que el virus había desaparecido, aunque solo de momento.

—Y no hubo fiestas ni vacaciones ese año, ¿verdad?

—No, no hubo. Todo se paralizó, aunque a pesar de todo, hubo cosas buenas también, la gente no dejó de amar ni de tener esperanza. Dieron con una vacuna efectiva y con un medicamento. Muchas personas se salvaron, otras, por desgracia, no. Las personas de todo el mundo cambiaron un poco su forma de ver la vida y empezaron a cuidar más su entorno, su familia, el medio ambiente... todo. Y, al final, la luz ganó a la oscuridad y ese tiempo de sombras nos dejó una valiosa lección.

—¿Cuál, abuela?

—Nos enseñó a valorar más las épocas en las que hay luz porque las sombras y la oscuridad acechan y atacan cuando menos te lo esperas.

—Y el abuelo y tú os casasteis y tuvisteis a mamá, y comprasteis esta casa con un gran jardín por si teníais que volver a quedaros encerrados, ¿verdad?

—Sí, decidimos comprar una casa con un gran jardín por si llegaba algo similar, tener espacio para salir, caminar, que nuestros hijos jugaran.

—Y el abuelo te dijo que quería casarse contigo en cuanto pudiera.

Cierro los ojos, inclino mi cuerpo hacia atrás y dejó que la mecedora me balancee. Puedo sentir su olor como si estuviera aquí, ver su mirada limpia y sincera cuando me decía que quería pasar el resto de su vida conmigo. Que no quería esperar ni perder un tiempo que solo era real en nuestra cabeza, porque nadie sabía a ciencia cierta cuánto le quedaba... Nos había quedado claro a todos, que la vida cambiaba de un día para otro y que había que aprovechar cada instante.

—Sí, el abuelo me dijo que no quería esperar, porque no hay nada que garantice el mañana.

El silencio aparece de pronto. Solo escucho el vaivén del columpio de madera y el ruido agónico que produce la mecedora cada vez que me balanceo. Tal vez no fue el momento ideal, quizás no fue la situación apropiada ni la que sería digna de aparecer en un cuento o una historia, pero fue real. Un amor que nació en cuarentena. Un amor que cuarenta años después sigue vivo,

aunque uno de nosotros ya no esté.

Abro los ojos y miro a mi alrededor. Mi preciosa gatita está tranquila, su rostro es una copia mejorada del de su madre, del mío. Espero que no tenga que pasar por nada parecido, pero si llegara el caso, al menos espero que sepa afrontarlo con entereza y que esta vieja arrugada como una pasa le haya enseñado una lección importante: siempre hay luz al final del túnel.

—Y fuisteis muy felices, ¿verdad? —dice de repente, rompiendo la quietud.

Dejo escapar un suspiro que lleva ahí, guardado en mi pecho, muchos años.

—Sí, gatita, el abuelo y yo fuimos muy felices a pesar de que nuestro amor nació en cuarentena.